

SOMBRAS

Un ángel casi, entre flor y niño,
húmedo, azul, apenas dibujado,
más limpio que su amo, miniado,
transparente, cristal, barbilampiño,

menudito, lunado, paz, cariño,
éxtasis puntiagudo inacabado,
angélico Platero enamorado
de una novia de aldea desde niño...

Bebe chorros de luna merengada,
merienda rosas a la madrugada,
y hace de borriquillo de Belén...

Y cuando Sancho duerme, a pata coja,
trota al cielo... y arcángeles arroja
¡como si fuera espuma! por la sien.



Un lugar de la Mancha: polvoriento,
monótono, rugoso, enjalbegado,
mohino, pensativo, acorralado,
hirsuto, cabizbajo, soñoliento...

Adobe el cabezal del pensamiento,
ocre el yesar, el aire fatigado,
torpes maderas, el pilón cegado,
pelada la floresta, el sol sediento...

Baja del paredón sombra amarilla,
la hiedra en el pretil se balancea
un puente llora sobre un río, ensilla
la luz el musgo que, al morir, gotea...
¡y por una esquinada ventanilla
dice adiós a la tarde Dulcinea!

Nicolás SANCHEZ PRIETO

BODAS REALES

Por Teodoro FERNANDEZ



L óbito repentino, inesperado al menos, de la joven, hermosa y amada reina de España, Isabel de Valois, trocó interesantes planes casamenteros entre los principales reinos europeos.

Para el trono francés se destinaba la princesa Ana de Austria, y su hermana Isabel, para el de Portugal.

Muy interesado estaba en estos enlaces Felipe II, quien profesaba singular afecto a sus sobrinas, las hijas de Maximiliano II.

Mas la sorpresa de la tercera viudez del poderoso monarca español despertó fuertes apetencias en las cortes europeas, porque los dilatados reinos hispánicos excitaban la codicia de reyes y princesitas.

Aún estaba caliente el cadáver de la joven reina, cuando llegaron las primeras proposiciones nupciales, sutilmente disimuladas entre frases de condolencia, al consternado y hermético Rey Prudente.

El monarca permanecía serio, discreto y concentrado en su interior por el profundo dolor de la muerte de su queridísima esposa.

La habilidad diplomática se puso en impaciente actividad para ganar el corazón del rey más poderoso de la tierra. Nadie olvidaba las frías razones de Estado, que, a veces, congelan el indispensable amor sagrado que debe arder en un matrimonio feliz.

Llegaron primero larvadas insinuaciones, luego estudiados razonamientos que aburren la mente y causan repugnancia a la voluntad, y al fin, el desesperado y codicioso bombardeo de solicitudes.

Muchas cosas quedarán sepultadas en el ignoto misterio. Mas conocemos suficientes para comentarlas y admirarlas. Fueron propuestas para el trono español, entre otras, las princesas siguientes:

Ana de Austria, previo desvío del camino de Francia. Se sumaban en ella el próximo parentesco, el ansia de Maximiliano II y el bien co-

nocido afecto del rey viudo hacia su sobrina, nacida en España. Para lograr el fin urgía anular el intento de boda entre la princesa Ana y Carlos IX, rey de Francia. Pero la diplomacia lo puede todo.

Otra solución fue planeada por la propia madre de la difunta reina. Margarita, hermana menor de Isabel, apuntaba ya frondosidad y belleza deslumbrante y tentador atractivo femenino. Podía muy bien suceder a su hermana Isabel en el trono de España. Era el ambicioso sueño de su enredadora madre.

Arbitro impenetrable de estos ajetreos cortesanos, el rey español no desvelaba sus secretos pensamientos. Dirigía las jugadas matrimoniales como quien mueve los peones en un tablero de ajedrez. Supo mantener con inteligente movimiento pendular los hilos ocultos de los problemas europeos sin romper ninguno.

Amparado en el sincero dolor de su corazón, rehuía el monarca que se le hablase de bodas, porque sentía más necesidad de recibir consuelo que de darlo, según él confesaba en sus cartas. Cuando le visitó el cardenal Guisa, en nombre de la madre de la difunta reina, le dijo: «Quisiera yo mucho excusar el tratarse de mi casamiento, porque habiendo perdido la compañía que perdi, y teniendo de esto el tierno y fresco dolor y sentimiento que tengo, me fuera parte de consuelo, muy conforme a mi voluntad, poderme quedar así...».

Y alargó el plazo normal de luto y viudez de los reyes hasta esperar año y medio. Entonces se hizo pública su ya bien pensada resolución de contraer matrimonio con su amada sobrina la princesa Ana de Austria.

Fue grande la sorpresa para unos, disilusión para otros y gozo incontenible para los afortunados.

El rey pidió seis meses más de plazo para llegar a las bodas. No obstante, se comenzaron los trámites necesarios de dispensas pontificias por el fuerte impedimento de consanguinidad, cuya concesión presentó serias dificultades. Luego fijamiento de rentas dotales, y demás complejos requisitos protocolarios.

El 24 de enero de 1570 se formalizaba en Madrid el contrato del futuro matrimonio regío ante el Secretario de Estado y notario con ilustres y nobles testigos.

D. Luis Venegas de Figueroa, embajador de España, efectuó en Espira los desposorios «por poder» entregado y suscrito por el mismo Felipe II.

Después se iniciaron los preparativos para el viaje a España. Hubo que rectificar el primer itinerario propuesto, y en vez de pasar por

Francia entrando por Roncesvalles, decidieron hacer el viaje por los Países Bajos.

Al mismo tiempo partió también la princesa Isabel, hermana, camino de Francia para celebrar sus bodas con el monarca francés. El 16 de junio de 1570 salieron de Espira.

En Colonia se hizo la entrega oficial de la princesa Ana al duque de Alba que ostentaba representación especial de Felipe II. La hermosa catedral lucía sus mejores galas. A la hora de visperas tuvo lugar la pomposa ceremonia. Era el 15 de agosto, fiesta tan mariana como española.

La reina ocupaba un sitial, bajo palio, en el presbiterio. A su lado el maestre y el arzobispo. Previas las oraciones rituales y la lectura de los poderes, el maestre y el arzobispo, tocando las mangas y sayas de la princesa, hicieron la entrega al duque de Alba que esperaba arrodillado en tierra para besar las augustas manos de su nueva reina y tomarla bajo su fiel custodia y la de los súbditos españoles.

Por la avanzada edad del duque, en el viaje, fue reemplazado por su hijo, D. Hernando, que ya estaba nombrado gobernador y capitán general de Cataluña.

El 16 de septiembre embarcó la comitiva en Bergen-op-Zoom. Y el 24 la flota inglesa se hizo a la mar para brindarles sus puertos y servicios galante y caballerosamente.

A los dos años exactamente de la muerte de su predecesora, el 3 de octubre, arribaron felizmente al puerto santandarino. Sólo veinticuatro horas tardó en llegar a Madrid la noticia mediante la telecomunicación por torres en las cumbres.

Con mucha antelación esperaban en Santander D. Gaspar de Zúñiga y Avellaneda, cardenal de Sevilla, el duque de Béjar, D. Francisco de Zúñiga y Sotomayor y el conde de Lerma.

Rápido y apoteósico fue su itinerario por Burgos, Valladolid hasta Segovia. Con delirante entusiasmo era recibido el cortejo en pueblos y ciudades.

Una mirada nostálgica de la joven reina la hizo recordar los años infantiles vividos en aquella estepa castellana con inocente alborozo. Nació en Cigales, a poca distancia de Valladolid, el 1 de Noviembre de 1549.

La esperaban en Segovia, el rey, su corte y la nobleza de sus reinos para celebrar la regia boda.

Delegó su jurisdicción canónica el ilustre obispo Covarrubias, en el cardenal-arzobispo de Sevilla, que ofició en la ceremonia litúrgica. Era

el 12 de Noviembre de 1570. El rey llevaba más de dos años de dolorosa viudez.

Cuarenta y tres años contaba el monarca, y veintiuno la reina. «Excelente y bendita mujer», la llamaron. Esbelta y agraciada, blanquísima y sonrosada, cabello rubio y ensortijado, y «era tan modesta, humilde y piadosa, que nada más podía desearse».

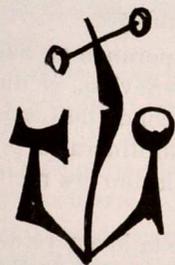
Siguieron los festejos nupciales en el bosque de Balsain hasta el día 20 en el que hizo su entrada triunfal en Madrid, corte de España.

Felipe II, el poderoso y discreto monarca, estrenó su cuarta y digna esposa: España tuvo nuevamente reina, y los españoles gozaron la esperanza de poder lograr para el trono, legítima sucesión masculina.

Al filo de los cuatro siglos de esta efemérides, es justo recordarla y aprender las lecciones que siempre nos brinda el fecundo magisterio de los hechos y la historia.

Nunca miró la Iglesia con buenos ojos estas uniones matrimoniales entre tan próximos consanguíneos. Su temor no es infundado. Los frutos son el mejor testimonio.

Y llegó un hijo para legítimo sucesor en el solio real. Mas el mismo Felipe II, confesó, a última hora, con humilde tristeza: «Dios, que me ha dado tantos reinos, me ha negado un hijo capaz de gobernarlos. Temo que me lo gobiernen».



Recordando a mi madre

La puerta del cementerio
está en par en par abierta,
así lo está mi dolor

por mi santa madre muerta

Quiero entrar, más tengo miedo
de la segura respuesta
de no hallarla ya en la tumba
en que la enterraron yerta.

No pude comprarle entonces
un sepulcro que tuviera
una cruz que, con su nombre,
de recordarla sirviera.

Sólo existe un testigo,
fiel testigo que creciera
bebiendo savia de llantos
que en su tronco yo vertiera.

Creció mucho, fue mi amigo
se elevó en la cabecera
de la tumba de mi madre
a que yo tanto quisiera.

La ley señala un tiempo,
que ella no sabe altanera
de dolores y consuelos,
y echó de la fosa abierta